

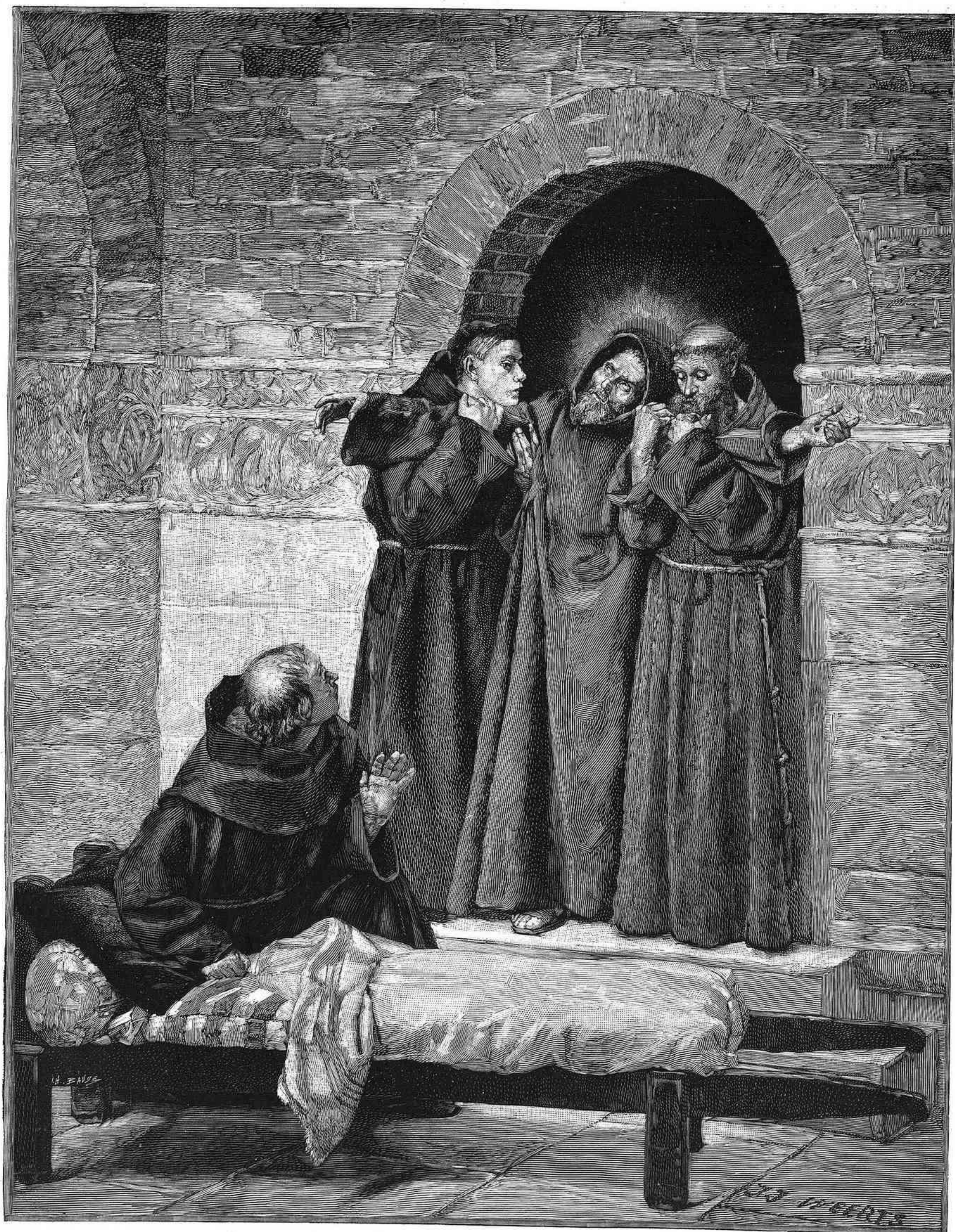


AÑO IV

← BARCELONA 6 DE JULIO DE 1885 →

NÚM. 184

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



SAN FRANCISCO DE ASIS EN SUS ÚLTIMAS HORAS, cuadro por J. F. Weerts



## SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—EL NIDO DEL CUCLILLO, por don J. Ortega Munilla.—LA FRASE FINAL, por don Félix Rey.—LA CRUZ MÁS SANTA (conclusion), por don Antonio de Trueba.—EL ESTILO ROMÁNICO Y EL GÓTICO, por don F. Giner de los Ríos.

GRABADOS: SAN FRANCISCO DE ASIS EN SUS ÚLTIMAS HORAS, cuadro por J. F. Weerts.—¿PENSARÁ EN MÍ?... cuadro por E. Niezky.—JOSÉ II VISITANDO EL CUARTEL DE INVÁLIDOS EN SU NIÑEZ, cuadro por G. Hackl.—¿ACABARÁ DE SALIR?...—REY Y REINA DE ANGRA PEQUEÑA.—INDÍGENA DEL ALTO DAMARA.—POR LA MADRE PATRIA, cuadro por A. B. Gil.

## NUESTROS GRABADOS

## SAN FRANCISCO DE ASIS EN SUS ÚLTIMAS HORAS, cuadro por J. F. Weerts.

Este admirable cuadro, obra de primer orden y de tal calificada en la Exposición de París (1884), representa los últimos momentos de aquel varón, lleno del espíritu de humildad cristiana, que fundó la orden de *Hermanos menores* en honra y propagación de esa virtud ejemplarísima.

Corría el año 1226: el ilustre hijo de Asís, el evangelizador de Oriente y de Occidente, el que en sus místicos coloquios ó éxtasis había entrevisto la nueva unidad de Italia; el que á los cuarenta y cuatro años de edad había envejecido á puro sacrificarse por la causa de la humanidad, hasta el punto de que su cuerpo se rindiera á las fatigas ocasionadas por su ardiente amor al prójimo, se sintió próximo á sus últimas horas. Entónces, como el viajero, herido de muerte en su camino, suspira ardentemente por el hogar de su familia, se sintió atraído, por irresistible impulso, hácia el convento de la Porciúncula, que es la casa solariega de los hermanos de San Francisco. A ella fué conducido por sus discípulos, y rendido en más que humilde lecho, vuelta la faz al esplendente sol de su amada Italia, exhaló el último aliento, no como el débil mortal atajado por la muerte en su glorioso camino sino como el inspirado peregrino que se duerme cabe los muros de la Sion bendita.

Weerts ha dado en este cuadro una muestra irrefutable de su poderoso talento, tanto más notable en cuanto no son por cierto los asuntos místicos los que preocupan á las eminencias pictóricas de nuestros días.

## ¿PENSARÁ EN MÍ?... cuadro por E. Niezky

En el número 43 de nuestra ILUSTRACION ARTÍSTICA, publicamos un cuadro de Anders sobre este mismo asunto. El pensamiento es simpático como cuanto se refiere al amor puro de la doncella, aún cuando ese amor la lleve al ridículo de consultar, más ó menos crédula, al oráculo. Verdad es que en el caso de nuestro cuadro, el oráculo está en armonía con el sentimiento que inspira la consulta.

De fijo que nuestra linda enamorada no hubiera penetrado en el oscuro recinto del templo, donde, por boca de metal, hablaba el dios mitológico, ni tampoco se hubiera internado en la cueva de la grosera pitonisa, en demanda de luz y de esperanzas. Pero, ¡es tan grato preguntar á las flores, cuando es otra flor la preguntona!... ¡Hay tanta analogía entre la víctima y el sacrificador!... ¡Pregunta un anuncio repetido en los diarios: «¿Tienen alma las flores?» De fijo que este desatino da en el blanco, ó la parte sensible, de las personas á quienes principalmente se dirige. La hermosa joven de nuestro cuadro no contestaría seguramente la pregunta en sentido negativo; pero tampoco se atrevería á negar que la flor que deshoja penetra su pensamiento y contesta razonablemente á su interrogatorio íntimo.

Respetemos la candidez de las almas enamoradas que apelan al oráculo de las flores; no porque su superstición sea excusable sino porque supone, cuando ménos, una exquisitividad de sentimientos de que están muy distantes los que no reparan en consultar á la asquerosa Celestina que, baraja en mano, hace fulleras á ciertas inocentes que tienen mucho adelantado para dejar de serlo.

## JOSÉ II VISITANDO EL CUARTEL DE INVÁLIDOS EN SU NIÑEZ, cuadro por G. Hackl

Los más famosos guerreros han sentido siempre gran predilección por los soldados veteranos y los inválidos. Julio César llamaba sus camaradas á cuantos le habían acompañado en sus célebres expediciones; Luis XIV construyó el gran Hotel de los Inválidos en París; Napoleón I descansa entre los oscuros héroes de las glorias patrias. El príncipe que honra á los que se han sacrificado por su país, crea un gran plantel de intrépidos soldados; al paso que da lugar al más peligroso egoísmo la idea de que la patria puede dejar morir de hambre indignamente á aquellos que la han sacrificado su juventud, sus afectos y su sangre generosa.

María Teresa de Austria, de quien pudiera decirse que era *todo un grande hombre*, quiso que su hijo, más tarde el emperador José II, se educara en esas ideas; y nuestro cuadro representa una de las visitas hechas por el joven príncipe á los veteranos del imperio. El niño José entra con paso firme y actitud respetuosa en el asilo de los viejos defensores del imperio, que le saludan con toda la reverencia que á los soldados merece el príncipe heredero. El autor ha estado felicísimo en el dibujo de las figuras: la de José II tiene todas las condiciones de un niño

y los aires de un emperador; la de los veteranos es expresiva, y en la fisonomía de cada uno de ellos puede leerse la impresión que les causa la visita de tan encoquetado como diminuto personaje.

## ¿ACABARÁ DE SALIR?...

Deliciosa figura de estudio, trazada con una facilidad y elegancia que hacen el encomio de su autor. Esa mirada fija en un punto invisible y esa sonrisa entre satisfecha y burlona, están de acuerdo con el lugar de la escena, que parece el claustro de un convento. Sin que el dibujo lo represente, se trasluce una aventura: nuestro personaje, ¿es autor ó cómplice?

Allá se las avenga el autor: para nosotros es muy bastante una figura que por su esmerada ejecución vale todo un cuadro.

## REY Y REINA DE ANGRA PEQUEÑA.—INDÍGENA DEL ALTO DAMARA

Si alguno puede dudar de la misión que la Europa está llamada á desempeñar en África, vea los tipos que publicamos. No somos partidarios de atentar á la autonomía de los pueblos; pero cuando Alemania ha tomado posesión de Angra, se habrá preguntado, sin duda, como lo preguntamos nosotros: ¿Qué se puede entender por pueblo ó por nacionalidad en el último cuarto del siglo XIX?

## POR LA MADRE PATRIA, cuadro por A. B. Gil

El bonito lienzo que ha servido de modelo para el grabado que lleva este título, es una obra en verdad notable por la naturalidad de la escena, la riqueza de los detalles y la verdad del conjunto. El artista representa el interior de una cabaña de labradores aragoneses, habitada por un matrimonio anciano. Su hijo ha muerto en el campo de batalla, y su compañero de armas, un sargento, ha llegado á la humilde vivienda para anunciar á los padres la triste noticia, llevando como recuerdo del difunto un escapulario humedecido en su sangre, que la madre besa con afán en medio de sus trasportes de dolor. En el vasar de la chimenea se ven esas vasijas de barro tan familiares en las obras de Murillo y otros pintores de la escuela sevillana, que ejercitaban su naciente habilidad en representar esos símbolos de la «vida tranquila.»

## EL NIDO DEL CUCLILLO

(Cuento)

POR DON J. ORTEGA MUNILLA

## I

LA OBRA DE LA CARIDAD

No fué un momento de inspiración de la piedad humana, sino obra de la hipocresía social la institución mal llamada benéfica de las Inclusas, si hemos de atenernos al cuadro que ante nuestra vista se presenta. La Casa de Maternidad del Santo Niño, fundada por un piadoso cristiano y convertida por el desbarajuste oficial en una institución herodiaca, presenta en aquella hora en que el sol se pone un aspecto de aturdidor movimiento, de ruidosa vida.

En las estrechas escaleras y en las amplias salas acaban de encender los mecheros de gas que lucen opacamente en una atmósfera hedionda. Las paredes sucias, las baldosas rojizas, polvorizadas y despegadas del cemento, las puertas viejas y mal ajustadas, las vidrieras rotas, las chimeneas que hacen humo y ante cuyos hogares de hierro encendido al rojo hay cañas sostenidas entre sillas y banquetas para que en ellas se sequen pañales y mantillas, los cánticos filarmónicos de las nodrizas que arrullan ásperamente algún niño, el llanto de otros que hambrientos y helados se agitan en las inmundas cunas... forman un conjunto desagradable, que produce frío en el cuerpo y en el alma; el ahogo se apodera de los pulmones y un sentimiento de pena del corazón. A esta hora es cuando cenan las nodrizas allá abajo en mal oliente cuadra, donde sobre una cocina de hierro cuece en enormes cacerolas un guisado piltrajoso de clara salsa, una comida capaz de imponer la dieta al más voraz. Cuando la campana avisa á las nodrizas, así como sedienta cuadrilla de mulas salen relinchantes y coceando del pesebre en busca del pozo, aquellas madres mercenarias abandonan á sus hijos pegadizos y van á saciar el instinto fiero del hambre. Los niños se quedan solos, unos pateando en sus cunas, otros tiesos é inmóviles entre sus negras mantillas, los más crecidos jugando ó riñendo revolcándose por el suelo en la desnudez que precede á la hora de cubre fuego. Mientras en estas alcobas se ven en tal ocasión infantiles miserias, escuálidos miembros, amarillentas caritas, bien pocas de ellas sanas, la mayor parte afeadas por la escrófula y erizadas de pústulas y granos, en el comedor se oye el diálogo brutal y cínico de las indignas mujeres que ponen remate á la obra de la generación por acaso con una lactancia insuficiente y regateada. Sucias manazas van y vienen del plato á la boca: todas las formas asquerosas del comer tienen allí su manifestación. En aquellos labios que chupan el zoquete de pan chorreando grasa, en aquellos dientes caninos que roen un hueso, en aquella supresión de tenedores, servilletas y vasos, se ve á la humanidad retrocediendo desde los centros de civilización á los bosques vírgenes, se dibuja bajo la figura de la mujer cristiana la silueta angulosa de la hembra de las especies primitivas, se adivina un modo de ser incipiente de la raza humana, aquel en que se acortan las distancias

que separan al rey de la creación de sus más viles súbditos.

Cuando llega este caso y suena la aguda campanilla puesta en el torno de la calle anunciando que ha llegado á la Casa de Maternidad otro niño sin padres, hay refunfuños de mal humor en aquel conjunto de hembras que tienen tanto de rebaño como de aquelarre. Es que entra en la inocente y desvalida colectividad de mamones un nuevo socio de hambre con el estómago vacío y los labios ansiosos: ¿á quien le tocará el turco? de dos á cuatro es la Ramoncha, de cuatro á seis la Repolida, de seis á ocho están encargadas de velar por los expósitos que lleguen la Robustiana y la Gerinelda, porque en estas horas es cuando llegan más niños: es la hora del crepúsculo, cuando las sombras encubren y disimulan la acción infame de abandonar el fruto de las propias entrañas.

## II

APARICION DEL HÉROE

Esta vez fué la Gerinelda, una asturiana de fisonomía becerril, boca que más bien era hocico, ojos insignificantes, pequeños y sin brillo, como si su misión apenas fuera otra que ver las cosas de más bulto; fué la Gerinelda la que recibió de manos de una hermana de la Caridad un envoltorio palpitante entre cuyas holandas apareció una carilla amoratada y al mismo tiempo se dejó oír un llanto agudo, brioso y gangosuelo. Cinco minutos antes la propia doña Leticia había puesto en el torno aquel niño. El oficial encargado del registro dejando este encima de la mesa y después de remangarle las mantillas para reconocerle el seno, escribió en su libro algunas cifras, hora de llegada y ama á quien correspondía.

Nos faltan el tiempo y el espacio para narrar hora por hora la vida de este niño que fué bautizado con el nombre de Valentin del Hijo-de-Dios. La Gerinelda lactaba siete niños y les daba cuatro tetas en el día. Cogíalos de dos en dos con el desamor y rudeza con que lo haría el rústico que criase unos lobeznos robados de la guarida; sacaba de debajo de su sucio pañuelo dos zurroneos negros que nada tenían que ver con los primores que los poetas madrigaleros cantan del seno de Tisbe. Cuando llegaba la noche la Gerinelda dormía como una bestia fatigada y su ruidoso ronquido cubría el gañir de los pequeñuelos á quienes el ayuno tenía despiertos.... Páginas como estas habríamos de escribir tantas como días pasaron desde que Valentin del Hijo-de-Dios entró en el torno hasta que seis meses más tarde fué sacado de la Inclusa para entregarle á una nodriza externa: páginas sólo interrumpidas en su odiosa monotonía cuando se le moría algún chico á la Gerinelda. El garrotillo y la disentería eran ministros y secutores de estas ejecuciones. El niño iba á la eternamente joven matriz de la tierra, más pia y amorosa que la que le había engendrado y otro niño iba á completar el cupo de los que la Gerinelda criaba.

## III

EL HÉROE MUDA DE AIRES, PERO NO DE DESGRACIA

Un día la sábia administración de la Casa de Maternidad del Santo Niño determinó que Valentin del Hijo-de-Dios fuese puesto en los brazos de una nodriza externa. Muchas mujeres de las provincias castellanas, especialmente de las que están cercanas á Madrid, acuden á las inclusas y tornos para buscar en la lactancia de aquellos hijos del pecado un salario mísero que nunca pasa de quince pesetas mensuales.

El hambre de las campañas, tan horrible ó más aún que la de las grandes ciudades, pero ménos estudiadas porque aún no ha sabido organizarse en comités socialistas, lleva á estos centenares de mujeres al triste oficio de la maternidad mercenaria. Isabel Recuero, mujer de un guarda de viñas de la provincia de Guadalajara, era la madre que el azar daba á Valentin del Hijo-de-Dios. En un principio el cambio de aires, el salir de aquella atmósfera envenenada de la Casa de Maternidad, favoreció la salud del niño y hasta parece que hubo en sus mejillas conatos de acarmirse; pero bien pronto la humedad de aquella choza, erigida con adobes, el aire infecto que en ella se respiraba, como que en la única habitación, inhabitable, estaba el pesebre de la burra, la corte del cerdo, el gallinero y montones de yerba puesta á secar cerca del hogar, donde se guisaba con los productos de la cuadra,—empezaron á obrar en la criatura. Además Isabel Recuero no tenía por arrobos la salud, padecía de reumas, y su constante humor negro parecía indicar que á esta dolencia era preciso añadir algo de atrabilis. En continua reyerta con su marido, en quien no se explicaba el oficio de guarda de viñas, como no se explicaría un lobo pastor, lo cual significa que era muy dado al trago, la casa era un infierno.

El matrimonio Recuero tenía un hijo de siete años, feo y mal intencionado como un huron, y á él encomendaba Isabel el cuidado de Valentin cuando las necesidades de su pobreza la llevaban al inmediato pueblo de Nidonegro donde había mercado todos los lúnes.

La madre en el mercado donde llevaba sus hortalizas, el padre en la viña, quedaba Recuero amo y señor de la choza y ejercía sus funciones de dominio sobre Valentin y Pistolo. ¿Quién era Pistolo? Un gato de pelo ceniciento, tuerto de un ojo, cuya pérdida había sido producida en cierto asalto á un palomar vecino y en contienda con un perro de caza. El guarda de viñas había servido al rey y había formado parte del batallón de cazadores de



Arapiles. Sabido es que el pueblo llama á estos heróicos legionarios con el burlesco nombre de pistolas: lo que no se sabe y queremos decirlo es que Isabel, comparando las hazañas del gato con las de su esposo, había dado á la doméstica alimañeja el nombre de *Pistola*.

Recuerillo paseó un rato á Valentinín y como este no se callaba, lo dejó en la misera cama donde toda la familia dormía junta.

—¡Arre allá!—dijo Recuerillo,—este incluserin nos va á volver locos... ven acá tú *Pistola*, vamos á hacer los títeres.

Asió Recuerillo de un trozo de sarmiento y lo blandió como Alejandro su espada, no con ménos orgullo y gentileza. Bien sabía *Pistola* de qué se trataba, porque apenas vió á su amo en tal talle, encaramóse de un brinco en el agujero que había en la pared para salir el humo y allí se estuvo con la cola echada encima del lomo y haciendo guiños con su ojo tuerto.

—¡Ah, tuno! ¡ah, pillol!.. venga V. aquí, Sr. *Pistola*. Dió un tremendo latigazo en el suelo y amenazó al gato. Después tirando á un lado el castigo, empezó á llamarle cariñosamente, siseando con los labios, miéntras hacia con los dedos pulgar é índice de la mano derecha un gesto, como de migar pan, y el gato acudió. Entónces Recuerillo le agarró de la piel del cuello, y llevándole en esta postura, con la boca abierta, los cobrizos ojos entornados, estiradas las extremidades y las garras fuera, hasta la cama donde Valentinín lloraba, dijo:

—Vamos á ver... saluda al público.

El público era Valentinín y al ver el gato callóse súbito y echó las manos para cogerle. Recuerillo, después que hubo obligado á *Pistola* á saludar al público, le sujetó entre las piernas, cogió un puchero, pasó una soga por su asa, y atando el otro cabo de ella al rabo del gato, dejó en el suelo animal y cacharro. Estábase aquel quieto, de antemano amedrentado sin duda de lo que allí iba á pasar; pero no era esto lo que quería Recuerillo, y asiendo de nuevo el sarmiento le arrimó sobre el lomo al pobre *Pistola* dos latigazos con los que partió el animalejo como un rayo arrastrando el puchero. Cerró Recuerillo la puerta y quedaron los tres personajes en semi-oscuridad. *Pistola* subía por las paredes, brincaba sobre las ollas, saltaba á la cama, se encaramaba en los palos del gallinero, y cuanto mayor el ruido que hacia el puchero al reventarse en pedazos, más vertiginosas eran sus carreras, más rápidos sus saltos y más desesperados sus maullidos. Valentinín estaba absorto con un rostro serio cual el de un abad, distraído con aquel espectáculo como un César romano con el de la lucha de un tigre y un gladiador. Llegó en esto Isabel Recuero, y enterándose de la picardía que Recuerin le había hecho á *Pistola*, empezó á dar voces amenazando al chico con no sé qué terribles castigos. Cuando iba á ponerlos por obra llegó el guarda de viñas, á quien llamaban de mote el *Tío miedo*, porque éste, y no él, era quien guardaba la viña, de la que faltaba muchas veces por acudir á la taberna.

Venia borracho el cazador de Arapiles, tomóla con Isabel sobre si debía ó no castigar á Recuerin, y armóse tal danza, que en mucho rato las lenguas no dejaron de escupir denuestos y palabras, y las manos de accionar furiosamente. *Pistola* con el asa del puchero atada aún al rabo, pero tranquilo ya y relamiéndose en un rincón, Recuerillo con las orejas calientes é hilando lágrimas en silencio, Isabel dándole teta á Valentinín y disuelta en su jugo su ira, Recuero fumándose una tagarnina é insultando al gato... hé aquí cómo terminaba muchas noches la vida de estas miserables gentes.

IV

AVANZA EL TIEMPO, CORRAMOS CON ÉL.

Pasó más de medio año, y una madrugada un anciano de alta estatura, de luenga barba detúvose ante la puerta de la choza. Era un caballero de Nidonegro. Isabel le conocía perfectamente de haber vendido muchas veces verduras á doña Ernesta, la hermana de este señor. Se le llamaba el *Ingeniero* y decían de él que estaba algo guillado y que había perdido la cabeza queriendo descubrir el movimiento continuo.

—Buenos días,—dijo con afable tono el anciano.

Dejó descansar en el suelo la escopeta que traía al hombro, sentóse en una peña y pidió un poco de agua.

Otras varias veces volvió á casa de los Recuero, hacia fiestas á los dos chiquillos y se marchaba continuando sus paseos. Nunca traía en ellos otra caza que alguna urraca que se le había parado delante de la escopeta y solía dejar estos pajarracos á Recuerillo ó se los ponía en las manos á Valentinín que con ansia los agarraba como si quisiera desplumarlos.

Al volver de uno de estos paseos, el caballero dijo á su hermana:

—Ernesta, ahí abajo, en el barranco, vive una pobre gente en la miseria; tienen dos chicos y en las caras de todos ellos se pinta el hambre: no estará de más que te acuerdes de ellos algún domingo.

Doña Ernesta estaba haciendo cierta obra de abalorios y tenía entre sus manos una hebra de seda llena de ello.

—Ya sé quién son... él es un borracho y ella tiene un genio como una hiena.

—¿Qué quieres pedirle, mujer, á la bestialidad y á la desgracia?... ¿virtudes y buena educación?

—Iré á verlos.

V

LOS HERMANOS RUBIN

Modestamente, pero sin que les faltara nada de lo necesario, vivían estos dos hermanos. Don Eleuterio Rubin había sido ingeniero mecánico, y en inútiles empresas, porque Dios no le había otorgado ningun talento práctico, había visto desmembrarse la fortuna heredada de sus padres. Espíritu puramente especulativo, allá se cernía en lo alto, y cuando creyendo haber resuelto un problema venía á la tierra con él en las manos, la más pequeña dificultad le destruía el fruto de sus cavilaciones. Con las formas pintorescas que caracterizaban su lenguaje, solía decir él mismo de sí mismo:

—Soy el Don Quijote de la mecánica y me empeño en conseguir quimeras imposibles. Si yo hubiese descubierto la ley de gravedad, no hubiera sido como Newton viendo caer una manzana de un árbol, sino cayéndome desde una torre.

En cambio doña Ernesta era un carácter práctico de virtuosísima condición pero de áspera superficie, porque las desgracias propias, que como tales tomaba las de su hermano, la habían acibarado el corazón. Doña Ernesta permanecía soltera y ya había cumplido cuarenta y seis años. El ingeniero mecánico casó en sus mocedades muy enamorado de una hermosa señorita valenciana que á los tres meses de la boda falleció de pulmonía. Esta horrenda catástrofe que dejó á Rubin loco de amor y de desesperación, había arrojado un crespon sobre el resto de sus días y en lo más secreto de su alma había un melancólico amor de ultra tumba por la beldad del Turia y algo de romanticismo en sus sentimientos. Cuando caeció esta desgracia dedicóse á la ciencia el viudo ingeniero, y entónces fué cuando concibió su primera idea del polipastro eléctrico, un sistema de poleas ascensionales que se movían por sí mismas. El polipastro Rubin obtuvo el privilegio de invención, las Academias informaron acerca de él favorablemente, pero llevado á la práctica resultó imposible. Cuyo desengaño fué otro disgusto para don Eleuterio, como el que había tenido al quedarse viudo; aunque en distintos grados del mismo género, la desilusión del que cuando piensa abrazar algo en que ha puesto sus esperanzas de ventura, halla el vacío. Creyó que había concluido su misión en el mundo, reunió los restos de su fortuna que le aseguraban una vida modesta y se fué á vivir con su hermana á Nidonegro, un histórico lugarejo de Castilla la Nueva, con mucho escudo en las fachadas de sus pobres y ruines casas y mucho espíritu activo de hijodalgo amalgamado con la ignorancia y la miseria. Doña Ernesta no sólo conservaba la fortuna heredada de sus padres, sino que una gestión de ella prudente y juiciosa se la había aumentado. No había en aquella casa distinción entre lo tuyo y lo mio; pero el ingeniero, hombre escrupulosísimo y delicado hasta el extremo, no consentía que las rentas de su hermana que montarían á cuatro mil duros anuales, se invirtiesen en sostener las cargas domésticas: bien es verdad que desahogadamente podía sustentarse con los propios ingresos. Tratábanse los dos hermanos con mucho amor, pero con mucho respeto. De la antigua etiqueta de las familias nobles había quedado en su arcaica educación un delicado y sutil perfume de cortesanía, el cual, sin quitar á las fraternales relaciones cosa alguna de cuantas atañen al cariño, las hacía más agradables.

Doña Ernesta ejercía la caridad no como una manirotada sino como una persona cuerda y razonable. Su dar no era la dilapidación disfrazada de virtud, sino el resultado de un cálculo aritmético con arreglo al cual la solterona distribuía entre los pobres la décimaquinta parte de sus rentas; á cuyo arreglo llamaba Rubin *el presupuesto del cielo*.

Fué doña Ernesta y fué pronto al zaquizamí de los Recuero. La notable señora llevaba su traje de merino negro luto de que jamás se despojaba; y de él decía Rubin que era el luto de su mujer y de su polipastro. Negros también eran los guantes de doña Ernesta; «¿cómo prescindir de ellos sin atravesar la línea que separa las gentes de principios de cualquier tenderillo onrico?» este era uno de sus apotegmas sociales. Otro era el que practicaba cuando al salir de su casa acompañada de su vieja doncella Celedonia esta no iba al lado de su señora, sino un par de varas detrás, en testimonio público de la diferencia de clase. Y bien sabe Dios que no había en todas estas ideas intención alguna de humillar al prójimo, sino la perfectamente lícita y defendible de conservar prerrogativas que Dios había otorgado.

Cuando llegó doña Ernesta á la cabaña de los Recuero eran las cuatro de la tarde: Isabel estaba peinándose al sol y tenía á Valentinín tumbado en el propio suelo.

—Pero buena mujer,—dijo severamente doña Ernesta á la señora de Recuero,—¿es esta hora de peinarse?... ¿Cómo tiene V. al niño tirado en la tierra!... pero aquí hay un olor insoportable.

—¿Qué quiere V., señora?—repuso Isabel sin dejar de peinarse, ántes bien metiendo con más furia el grosero peine de cuerno entre las crines.—Los pobres no podemos valerlos de otra manera.

—No señora, no,—replicó con energía doña Ernesta,—se puede ser pobre y ser limpia. Esto es ofender á Dios... y este niño tan flaquito y tan encanijado está diciendo con sus ojazos que hace mucho que no come.

—¡Sí, sí, comer!... ¿Usted cree que se les puede dar de comer á estos incluserillos? Los trae una á su casa para que le ayuden á una... pues... vamos, y son la ruina de

una. No le doy nada de comer... la teta y basta, que eso es lo que me pagan y mal.

—Pero bendita de Dios,—exclamó doña Ernesta haciendo un gran aspavento de cólera,—ni eso es ser cristiana ni eso es tener caridad... Trae, Celedonia... trae el bibeion.

Celedonia era una buena moza, aunque ya algo agostada por el celibato y por sus cuarenta abriles. Tenía una larga cara, de facciones rectas y proporcionadas pero sin expresión. Era uno de esos retratos que hay en todos los archivos provinciales y en todas las salas capitulares de los cabildos y en cuyo marco lo mismo se ha podido escribir: *Syvilla cumana* que *La Agricultura*. Salió del amplio bolsillo de su delantel un biberon de teta de vaca lleno de rica leche que azulaba tras del cristal. Doña Ernesta tomó al niño en su regazo sentándose en una peña y le arrimó el biberon á los labios. ¿Veis así como las acerbos bocas del mar tragan el caudal de los ríos?... pues así trasvasó Valentinín el contenido de la botella. Ponía sus lindos ojos negros en la noble dama y parecía querer comérsela también con ellos. La tarde estaba hermosa. Aquel grupito de olmos que por allá abajo indican el curso del Mozarabroz verdegueaba con sus alegres matices y de entre sus copas entraban y salían catervas de pájaros. Las lomas, labradas en surcos paralelos, subían y bajaban en suaves ondulaciones y en una de estas se destacaba la silueta de un labriego, inclinado sobre el arado, y las del tronco de mulas, los jarretes en tensión, las manos incadas en la blanda tierra. Una nube amarillenta de forma circular centelleaba á la derecha, pareciendo envolver este conjunto en un acorde armónico en que palpaban no sé qué dulces melodías.

(Continuará)

LA FRASE FINAL

Confieso que siempre he mirado con cierto desden á esos seres que tienen por exclusiva misión en la vida guiar un carruaje, hacer el amor á las bailarinas y perder su tiempo y su dinero sentados ante una mesa del Veloz-Club; pero esta orgullosa superioridad con que los considero no es obstáculo para que profese una verdadera amistad hácia el vizconde de \*\*\*; el más acabado tipo de lo que el tecnicismo moderno designa con el nombre de un *gomoso*.

Como prueba de que tales seres pudieran ser útiles si se dedicaran á algo debo hacer constar que la historia que voy á referir no es mía, sino de mi amigo el vizconde.

Una tarde me la contó reclinado muellemente en los almohadones de su *landeau*; yo le animé á que la escribiera y á los ocho días recibí una invitación para almorzar en su casa.

Miéntras tomábamos café sacó de un secreter unas perfumadas cuartillas y leyó lo que sigue.

\*\*\*

El día en que llegó mi prima Rosario de Sevilla, su patria, adquirí tan profunda convicción de que los elogios que de su belleza me había hecho su padre y mi tío el general eran todavía pálidos ante la realidad, que confieso que ha sido la única vez que he visto seriamente amenazada mi libertad de soltero.

Por fortuna un teniente de húsares, algo pariente mío, se me había adelantado durante unos meses que había estado de guarnición en Sevilla y cuando conocí á Rosario ya estaba prometida en matrimonio á Ramiro de Lizana, que así se llamaba el mencionado teniente.

Esto, que me hizo desistir de toda pretension, no fué obstáculo para que contrajera una cariñosa confianza con mi prima, en quien no sabía qué admirar más si la acabada belleza de su tipo puramente meridional ó la amenidad de un trato á que daban un sin igual atractivo su poca comun instrucción y su talento.

Sobre todo desde que su novio se vió precisado á abandonar la merced á una orden que recibió su escuadrón de marchar al norte á combatir á los carlistas, yo la acompañaba á todas partes.

Mi prima, que era por extremo aficionada á los paseos á caballo, me propuso una tarde una excursión á la Casa de Campo. Su padre, que á pesar de sus años era un excelente jinete, quiso montar por vez primera un potro que había mandado á pedir á una de sus dehesas de Andalucía; Rosario regía una hermosa yegua cordobesa y yo el caballo que ganó el premio en las últimas carreras.

El paseo no había podido ser más encantador. Rosario nos había distraído con su inagotable y amena conversación; el general se encontraba satisfecho en las dos cosas que más halagaban su amor propio, puesto que su pericia en el arte de la equitación y el talento y la hermosura de su hija habían tenido un constante admirador y había pasado la tarde admirablemente.

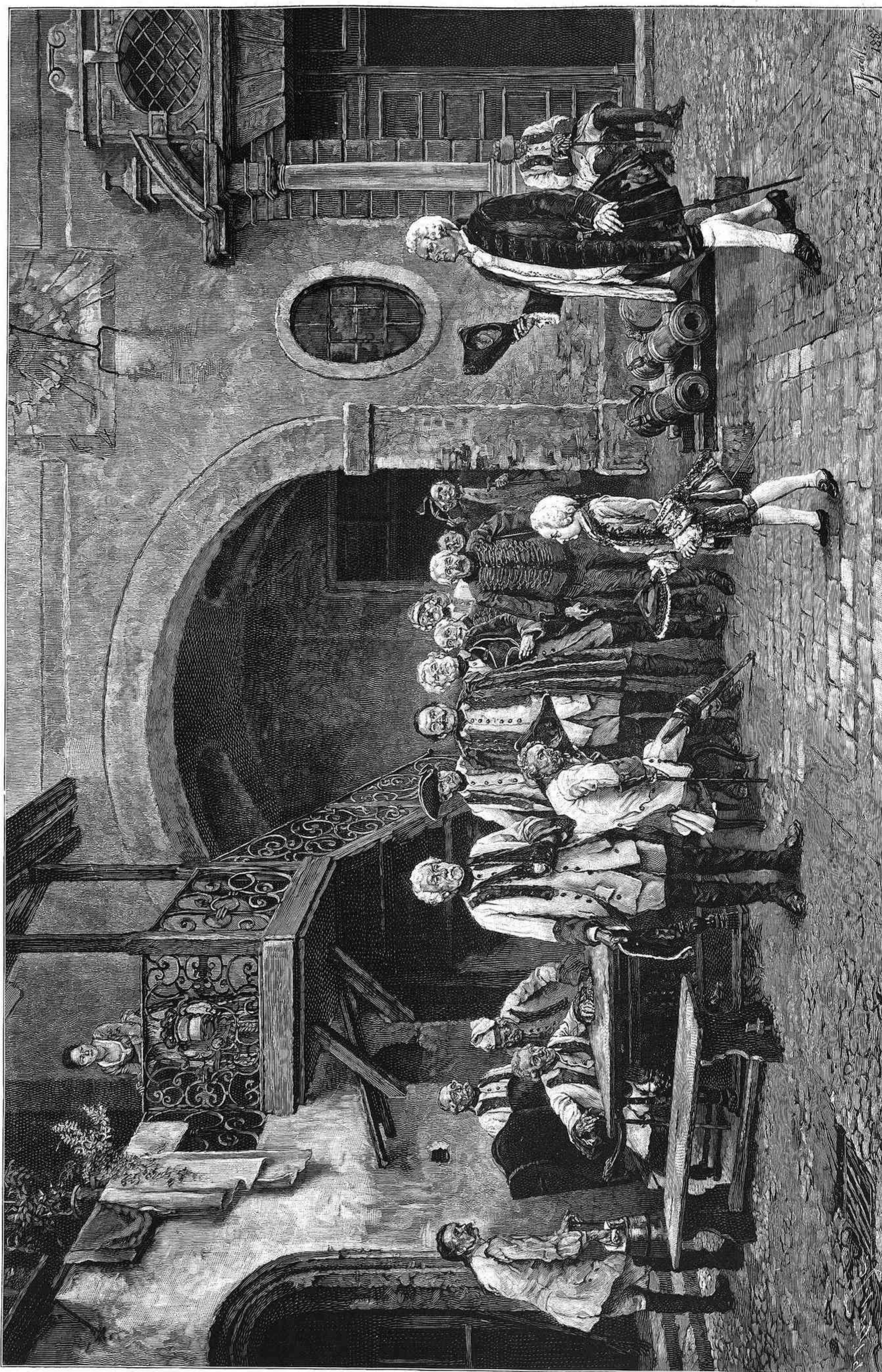
Y sin embargo, cuando estábamos próximos á dar la vuelta hácia Madrid, un doloroso acontecimiento debía amargar tanta ventura. El general, no satisfecho aún de sus habilidades hípcas, quiso sacar el potro al galope por un ancho sendero que se extendía á nuestra vista, pero el animal, poco acostumbrado á la silla y espantado por un tronco que el aire había derribado, se negó á obedecer al jinete. El general no era hombre propenso á ceder y quiso





¿PENSARÁ EN MÍ?... cuadro por E. Niezky





JOSÉ II VISITANDO EL CUARTEL DE INVÁLIDOS EN SU NIÑEZ, cuadro por G. Hackl



llevar el convencimiento al ánimo del potro aplicándole rigurosamente las espuelas. Este se encabrió un momento, su boca se cubrió de blanca espuma, sus ojos lanzaron un relámpago y veloz como el pensamiento se lanzó por el sendero que se negaba á seguir.

Unos cuantos años ántes nada hubiera sido más fácil al viejo militar que refrenar al indómito bruto; pero entonces su brazo no tenía el vigor de otros días. Al final del camino se veía una zanja cuya profundidad no podíamos apreciar con la distancia, y la caída en ella era inevitable.

Rosario lo comprendió así y ántes de que yo hubiera podido salir de mi estupor fustigó su yegua, cortó el terreno á su padre y en el momento en que el caballo llegaba al sitio del peligro su látigo hirió vigorosamente la cabeza del animal haciéndole retroceder. Mas ¡ay! el choque no había podido evitarse; Rosario perdió la silla y su cuerpo rodó por la zanja.

Por fortuna la profundidad de esta no era grande y lo único que la caída produjo á mi prima fué una fuerte contusión en una rodilla.

—¡No es nada, no es nada!—murmuró la niña animándose con su sonrisa.

Sin embargo, al ponerse de pié las fuerzas la abandonaron y fué preciso buscar un carruaje que la llevara á casa.

—No es nada, no es nada,—segua repitiendo.—Lo que no quiero—decía á su padre—es que escribas á Ramiro.

Ramiro en aquel momento conquistaba la anhelada efectividad de capitán y contaba con una licencia para la próxima primavera, durante la cual se efectuaría su matrimonio.

Sin embargo, por más que la valerosa niña no se cansase de decir en todos los tonos que aquello no era nada, el mal no hacia otra cosa que empeorar. Pasada la inflamación quedó sobre la parte lesionada una especie de tumor. No había fractura alguna, pero los ligamentos habían sufrido una dilaceración y los médicos no encontraron otro medio que recurrir á las punciones.

El general no podía resignarse, pero Rosario le consolaba diciéndole:

—Eso no puede ser más sencillo. Me haré cuenta de que bordando me he clavado la aguja en una pierna.

Las punciones fueron ineficaces; el tumor no decrecía y al cabo de dos meses Rosario permanecía en el lecho. Su impaciencia la comenzaba á poner nerviosa, pero la sonrisa no la abandonaba.

Una consulta, á que asistieron los más reputados médicos, se hizo inevitable. En ella, por unanimidad, se convino en que era preciso buscar el mal en las profundidades de los músculos y desgarrar no ya la piel sino la carne misma.

El general no quería ceder.

—Debe haber unguentos, aguas que atajen el mal. ¿Qué médicos son estos que no saben curar una dislocación?

Rosario fué más razonable y entregó su pierna al bisturí de los operadores, rogando sólo que nada se dijese á Ramiro.

Sin embargo, algun tiempo despues fué preciso participarle la triste noticia. La última operación no había dado mejor resultado que las punciones.

Una nueva consulta convino en que era necesaria la amputación.

El general entonces se puso furioso.

—¡Jamás, jamás!—gritaba.—Esos médicos son unos ignorantes. No se corta una pierna á una niña. Si fuera á mí, á un soldado, se comprende; pero á ella no, ¡no y mil veces no!

El anciano desbarbaba y Ramiro, que no tardó en llegar, le hizo coro.

—No alborotarse,—decía la niña queriendo permanecer alegre.—Yo quiero vivir porque os amo, y por eso...

Al decir esto bajó la voz añadiendo con lágrimas en los ojos:

—Ramiro, me amarás todavía cuando esté...

—No sigas,—respondió el joven capitán, á quien la idea de la amputación causaba horror.

—Valor, amigo mio. No tengas miedo de la palabra, como yo no lo tengo de la operación. Sólo me asusta una cosa. ¿Dejarás de amarme cuando sea coja?

Las protestas de su novio la tranquilizaron por completo y la operación se llevó á término.

—Y bien, doctor, ¿qué opinais?—le preguntábamos algunos días despues.

—Que hay algo que se opone á una cicatrización completa. El estado nervioso de la enferma contribuye quizás á este retraso. Tal vez la parte moral padece.

¿Por qué no se la pregunta lo que tiene?

A las primeras palabras de su padre, Rosario respondió sin ambages:

—Pues bien, padre mio, sí; un deseo vehementísimo me roba la calma. Quiero casarme.

—¡Oh! en seguida que te restablezcas se celebrará tu boda. ¿Cómo has podido dudarlo?

—No, no; es que quiero casarme en seguida—respondió Rosario con entereza.

Al decir esto un fuego extraño iluminaba sus pupilas. Se comprendía que sentía miedo de morir y quería dejar á Ramiro un recuerdo imperecedero.

La boda se verificó en aquella misma semana. Aquel día pareció cobrar la enferma todas sus pérdidas fuerzas; sin embargo, á la noche siguiente un ataque de tétano se presentó con una rapidez asombrosa y á las pocas horas Rosario espiraba en nuestros brazos.

El general y Ramiro son hombres y han sobrevivido

al terrible golpe. Sólo que el general se ha convertido en un viejo caduco y Ramiro ha perdido su humor alegre.

Yo, alma frívola, que me dejo arrastrar por las corrientes del gran mundo, he vuelto á mi vida ordinaria; pero confieso que siempre que veo pasar al lado de mi carruaje una mujer á caballo, la sombra de mi prima Rosario pasa por delante de mis ojos y la risa se apaga en mis labios.

\* \* \*

—Esta es la historia, sin adorno alguno,—dijo el vizconde despues de terminada su lectura.—El cuento está mal hecho, pero así y todo creo que podría pasar si no le faltara un requisito.

—¿Cuál?—le pregunté.

—Una frase que lo termine.

—No siempre es necesaria,—le repliqué;—pero veamos si una copa de champagne nos hace encontrarla.

—De buen grado,—repuso el vizconde,—y apuré su copa de un trago, pero al ponerla sobre la mesa tuvo que sacar el pañuelo para enjugarse una lágrima.

—Es raro,—murmuró.—El champagne me hace hoy llorar.

—¡Eureka! Esa es la frase final.

FÉLIX REY

## LA CRUZ MAS SANTA

(LEYENDA DEL SIGLO XV)

(Conclusion)

La ferrería de Arangüren sólo distaba, como he dicho, algunos centenares de pasos de la torre del mismo nombre, y en las largas veladas de invierno era muy frecuente que sus señores, incluso las mujeres, fuesen á pasarlas en la ferrería donde la estancia era grata con lo elevado de la temperatura y el animado espectáculo del trabajo de los alegres y viriles *ola guisones* ó operarios.

Para comodidad de los *ola nagusias* ó señores de la ferrería que iban á disfrutar de este solaz, había en muchos de aquellos establecimientos fabriles una especie de tribuna alta que dominaba la fundición y el mazo y estaba provista de bancos. La mayor parte de las ferrerías del litoral cantábrico y particularmente las de las provincias vascongadas eran como dependencia inmediata y obligada de la casa solariega de sus dueños que tenían su principal elemento de subsistencia en su explotación y la del molino que acompañaba siempre á la ferrería con su tejado blanco que contrastaba con el negro de su compañera. Orilla de un río ó riachuelo un campo poblado de nogales y castaños entreverados de algunos cerezos y otros árboles frutales; á un extremo del campo la ferrería y el molino; cerca de estos edificios una casa con tímidas pretensiones de palacio; á más ó menos distancia, rio arriba, una presa de donde se derrumbaba ruidosamente el agua en forma de cascada, particularmente cuando no labraba la ferrería; y entre el río y el cauce que partía de la presa, señalando su comienzo la compuerta de madera coronada con dos maderos en forma de cruz que servían de asidero para levantarla y bajarla, un pedazo longitudinal de tierra negra y fértil dedicado á huerta y en parte, aunque mínima, también á jardín, pues no faltaban allí algunos rosales y algunas matas de claveles, de espliego y de tomillo. Esto era lo que veía el que al descender de las montañas dirigía la vista al fondo del valle ó la cañada oyendo ruido de mazo de ferrería ó cuando menos de *tolba* de molino que unido al ruido del agua de presa le traía más ó menos distinto y con más ó menos intermitencias el viento que de hácia aquel lado soplabá.

Aunque hasta el siglo xvi no se generalizó el mecanismo con que llegaron hasta el presente las ferrerías, ya á principios del siglo anterior se había adoptado en algunas, como la de Arangüren, cuyo señor se adelantaba en todo á la rutina de su tiempo; y lo que digo del mecanismo debe entenderse de los operarios que eran un *arotza* ó carpintero que al mismo tiempo que entendía en la maquinaria hidráulica, entendía en la dirección general del establecimiento fabril, de dos *corallac* ó fundidores que alternaban en el cuidado de la fundición, de un *ijelia* ó tirador de barras y de un *gatzamalla* ó mozo martillador que tenía por principal obligación la de desmenuzar y aprestar en cestos la vena que el fundidor iba echando á la fundición.

El mismo día que Martin Sanchez tuvo con su hija la entrevista secreta en que creyó haber convencido á Marina de que debía dar á completo olvido al solariego de Achúriaga, se le presentó el *arotza* de su ferrería de Arangüren diciéndole que tenía completa la cuadrilla de *ola guisones* y en la madrugada del día siguiente comenzaría la labranza, anticipándola á la de todas las muchas ferrerías que existían desde Bengalea á Urcullu que eran los límites extremos del valle.

En efecto, á la mañana siguiente despertó á los moradores de Mendi-errea el ruido del mazo que siempre, al resonar por primera vez de temporada, llenaba de alborzo á todos los de aquella profunda, extensa y amena cañada.

Aquella noche Martin invitó á su hija y á sus servidores predilectos, que eran la anciana que á Marina había servido de madre y Peruchon de Carranza, á ir con él á

pasar la velada en la ferrería. Marina, que continuaba sumida en su profunda y habitual tristeza, rogó á su padre que la permitiera abstenerse de aquel solaz, pero al fin accedió á los deseos de Martin, que eran también los de los dos ancianos servidores.

Cuando llegaron á la ferrería alumbrados con un *síssi* ó manojo de paja con que los acompañó un criado joven y se instalaron en el *zabaya* ó tablado, los operarios acababan de sacar la *zamarra* ó masa de hierro fundido que, dividida en cuatro trozos bajo el mazo de siete quintales, iba á ser por el *ijelia* reducida á largas y delgadas barras bajo el mismo mazo.

Los *ola guisones* tenían por único vestido una camisa de lienzo crudo que les cubría por completo desde el cuello á los piés calzados con toscas sandalias, y el negro tizne del carbon diluido con el constante y copioso sudor desfiguraba por entero su fisonomía.

Los operarios cantaban alegremente al compás de su faena y cuando vieron llegar á los señores, guardaron silencio por respeto á los mismos, pero no tardaron en proseguir su canto.

De repente Marina se estremeció como si una corriente eléctrica hubiera chocado en ella. Era que el *ijelia* al empezar su faena, cantaba en lengua euskara, que entonces aún era la vulgar no sólo allí sino también dos leguas más al Oeste ó sea hasta el valle que comprende á Galdames y Sopuerta:

Por mucho que en el yunque  
bata el mazo mayor,  
mucho más en mi pecho  
bate mi corazón.  
¡Ay corazón que bates  
con incesante afán  
y ni aún al batir tienes  
la dicha de esperar!

Aquel estremecimiento alarmó á Martin y sus servidores, pero pronto se tranquilizaron uno y otros oyendo decir á Marina que el canto del *ijelia* la había estremecido, no de dolor sino de placer, cuya causa no acertaba á explicarse, y viéndola pasar las veladas en que repetidas veces se repitieron los cantos, incluso el del *ijelia* con bienestar y alegría que hacía tiempo habían desaparecido de la doncella.

VIII

El *ola nagusia*, su hija y sus servidores predilectos continuaban pasando las veladas en la *zabaya* y Marina iba recobrando maravillosamente la salud y la alegría, merced indudablemente, según la autorizada opinión de Peruchon de Carranza, á aquella diaria distracción y á la influencia, según el mismo, muy poderosa en las doncellas, de los efluvios férricos que allí recibía.

Una mañana se presentó el *arotza* á Martin dándole cuenta de que el *ijelia* había desaparecido de la ferrería la noche anterior, apenas sacada la *zamarra*, y añadiendo que se veía en la necesidad de buscar quién le sustituyera, cosa que sentía mucho, pues el *ijelia* era buen oficial y en lenguaje y trato más parecía nacido para caballero que para *ola guison*.

—Si sabéis de dónde es ó á dónde ha ido,—le replicó Martin,—dadle espera y avisadle la que le deis.

—Eso, señor, es imposible,—contestó el *arotza*;—llegóse por la ferrería un anochecer, cuando se preparaba la labranza, ofrecióse á desempeñar la plaza de *ijelia*, única que quedaba vacante, díselo, porque me pareció honrado y vigoroso mancebo, y ni él ha dicho de dónde era ni yo ni nadie se lo ha preguntado, porque á decir verdad, señor, nos inspiraba á todos respeto más de amo que de compañero, y viéndole naturalmente poco comunicativo, no osamos importunarle con preguntas que si por acaso alguno le hacía, contestaba á medias y con disgusto si bien con cortesía impropia de nuestra condición.

Martin despidió al *arotza* autorizándole para que reemplazase al *ijelia* si este no tornaba en todo aquel día, y en seguida, asaltado por súbita sospecha, encerróse á solas con su hija y se la comunicó. Su sospecha era la de que el *ijelia* no fuese otro que el mancebo de Achúriaga. Marina, de cuya sinceridad no dudaba ni había dudado nunca, le confesó que desde la primera noche que asistió á la *zabaya* y oyó el canto del *ijelia* concibió la misma sospecha que pronto se había convertido en ella en íntima certidumbre por más que su razón rechazase la idea de que mancebo como el de Achúriaga pudiera amarla hasta el extremo de aceptar aquel sacrificio sin más esperanza de recompensa que la de verla sin hablarla.

A este punto llegaba la confidencia de Martin y su hija cuando oyeron, calzada abajo, pasos de cabalgadura que cesaran al llegar á la torre, y un instante despues Peruchon de Carranza se acercó á la puerta de la estancia anunciando á su señor que un caballero deseaba verle.

Martin se apresuró á bajar al encuentro del recién llegado, que esperaba en una cámara ó recibimiento del piso bajo y con gran sorpresa suya, se encontró con el mancebo de Achúriaga, que vestía el traje de caballero y ceñía espada.

Martin le abrazó con gran benevolencia que al mancebo arrasó los ojos en lágrimas, y cerrando la puerta de la cámara le invitó á sentarse y se sentó á su lado.

La tradición vulgar de Mendi-errea que siglo tras siglo viene conservando y puntualizando esta sencilla pero ejemplar historia hasta el punto de decir que á pesar de que las cristalinas y delgadas aguas del torrente de Urállaga que corrian al pié de la torre de Achúriaga, y



de las que el mancebo había hecho porfiado uso, son maravillosas para quitar manchas de carbon y vena, Martin adquirió completa certidumbre de que el *ijelia* y el mancebo eran uno mismo al reparar en manos y faz del mancebo; la tradicion de Mendi-errecas no puntualiza las primeras explicaciones que mediaron entre Fernando de Achúriaga y Martin Sanchez de Arangúren.

Sólo dice la tradicion que Martin Sanchez se estremeció de alegría al pensar cuán profundamente amada era su hija, y de espanto al pensar cuán profundo dolor seria el de su hija al ver aquel amor sin recompensa.

—Señor,—exclamó el mancebo,—si el único obstáculo que encontrais para darme el nombre de hijo, es la tradicion belicosa de mi linaje, yo puedo hacer desaparecer ese obstáculo, y os aseguro que no me costará trabajo alguno el hacerle desaparecer, porque el espectáculo de paz, de abundancia y de amor que me ha ofrecido vuestra noble casa me ha hecho mirar con horror la tradicion belicosa de la mia. Dispuesto estoy á romper para siempre esa tradicion.

—¿Cómo la rompereis?

—Jurándooslo solemnemente sobre la cruz de mi espada de caballero.

—No acepto tal juramento sobre tal cruz que está manchada de sangre fraticida,—contestó Martin Sanchez. Sobre otra cruz más santa que la de la espada le habeis de prestar si quereis que mi hija y yo le aceptemos y yo os dé el nombre de hijo, y seais digno sucesor mio en el honrado solar de Arangúren cuyo escudo sombrea el santo símbolo de la paz.

—Señaladme la cruz que más os plazca.

—Pues venid conmigo y jurad sobre ella.

Así diciendo, Martin Sanchez salió de la torre con el mancebo y ambos se encaminaron ribera arriba.

Al llegar á la herrería, entraron en la huerta y siguiendo la direccion del cauce llegaron á la presa y se detuvieron ante la compuerta donde Martin se descubrió la cabeza imitándole en esto el mancebo.

—Sobre esa cruz,—dijo Martin señalando la tosca formada con dos maderos para servir de asidero á la compuerta,—sobre esa cruz que es doblemente santa porque si es símbolo de la religion de Nuestro Señor Jesucristo tambien lo es del trabajo pacífico, fecundo y santo, sobre esa cruz me habeis de jurar que renunciáis para siempre la tradicion belicosa é impía de vuestra casa y linaje y aceptáis la pacífica y gloriosa de la casa y linaje de Arangúren.

El mancebo se arrodilló al pié de la compuerta y poniendo su diestra mano sobre la tosca cruz, pronunció con solemne y enérgica voz el juramento que Martin Sanchez de Arangúren le exigía.

Y hecho esto, arrancó de su cinto la espada, hízola dos pedazos apoyándola en su rodilla, arrojólos á la presa y ambos caballeros tornaron ribera abajo hácia la torre.

Las tradiciones de Mendi-errecas han conservado por largo tiempo el recuerdo de las bodas de la doncella de Arangúren y del mancebo de Achúriaga, pues un viejo llamado Juan de Sasía, que hace cosa de veinte años murió de más de noventa en Euscauriza, que es como si dijéramos la capital de Mendi-errecas, me contó que cuando él era muchacho todavía se decía allí, para ponderar la esplendidez de las bodas: «Han sido las bodas de Arangúren.»

ANTONIO DE TRUEBA

Bilbao 1884.

EL ESTILO ROMÁNICO Y EL GÓTICO

Todas las cosas son sin duda una misma en el fondo; y todas, sin duda tambien, diferentes. Y así, tanto peca



¿ACABARÁ DE SALIR?..

contra la realidad y la razon quien, atento sólo á aquella unidad fundamental, olvida el elemento característico por donde indeleblemente se distinguen, como el que desdeña cuanto excede de este elemento y—segun el dicho de Bacon,—por reparar en los árboles, deja de ver el bosque.

En la historia del arte monumental ha habido, y hay todavía, representantes de una y otra tendencia. Estos, en todo ven lo mismo; otros se niegan á encontrar doquiera relaciones y semejanzas. Alternativamente prevalecen en la crítica, ya aquel, ya este espíritu, y tan pronto se multiplican las divisiones y subdivisiones de los estilos, épocas y escuelas, como se quisiera borrar entre ellas todo parentesco.

Ejemplo claro, de la tendencia particularista, que podría llamarse, es lo que ha acontecido y acontece con la arquitectura y la escultura cristianas de Occidente durante la Edad media. Suelen dividirse con efecto en dos grandes períodos: el románico y el gótico ú ojival. Ya el primero de estos grupos se ha venido por mucho tiempo tratando como una segmentacion del bizantino é incluyéndolo en él arbitrariamente, hasta que los arqueólogos modernos, considerando como la nota fundamental de este último tipo la cúpula central, separaron de él con justicia al románico, formando un grupo aparte, que se inicia gradualmente casi desde los tiempos de Carlo Magno, sea en la Lombardia, sea en las iglesias rinianas, sea quizá en ambas y otras varias comarcas á un tiempo, llegando á su apogeo hácia el siglo XII, á fines del cual va cediendo á su vez á otras formas, que responden á necesidades de una sociedad más compleja.

No hay para qué entrar aquí en la exposicion de los caracteres diferenciales que, con más ó ménos fundamento, se atribuyen usualmente á estos dos grupos. El arco redondo y el apuntado; los muros macizos y los de contrafuertes; las bóvedas cilíndricas y de arista y las de osatura; la nave central dividida en tramos cuadrados ó en rectangulares; los ábsides curvos y los poliédricos; la planta de los pilares, los capiteles, la ornamentacion, las torres, el monacalismo ó el laicismo de los arquitectos, con tantos otros signos, constituirán sin duda—de ser ciertos—una diferencia entre ambos períodos; pero esta diferencia, tan marcada cuando se comparan entre sí los términos extremos de la serie ¿no parece que se va desvaneciendo gradualmente si se considera la serie completa por todos sus grados intermedios? La catedral de Santiago y de Toledo son en verdad muy distintas; pero la (vieja) de Salamanca y la de Leon ya lo son algo ménos; y las iglesias, por ejemplo, de Sandoval y Gradefes, Poblet, Valdedios y tantas otras ¿son románicas ú ojivales?

En vano se ha inventado para salir del apuro el llamado estilo de transicion. Primero, las transiciones existen en todos los géneros, señalando el momento en que un estilo, despues de oscilar cierto tiempo dentro de su forma culminante, va descomponiéndose por el desarrollo de un elemento nuevo, cuya evolucion, suspendida y como comprimida en el momento anterior, se consume entonces hasta dar de sí toda la sustancia de que era capaz por entónces. Tal acontece, verbigracia, con el arco y la bóveda que determinan la arquitectura romana; ó los contrafuertes, característicos de la gótica; ó la herradura, que sólo en la musulmana de España y África parece haberse desenvuelto con la magnificencia que muestra en la mezquita de Córdoba. Así, con la misma exactitud con que se llama estilo de transicion al de las catedrales de Noyon y Poitiers, Bonn y Zamora, se puede llamar al de las iglesias latinas que en Occidente y Oriente preparan el desarrollo bizantino; ó al de las que van verificando aquella evolucion que se condensa luégo en el propio románico. Despues de todo, ¿no ha llamado Schnaase (1) á este mismo estilo una transicion durante la cual y partiendo del tipo clásico se van ensayando y tanteando nuevas

formas, sin principio definido y reflexivo de construccion á diferencia de la arquitectura gótica?

Además, todas las formas artísticas recorren un ciclo completo; todas tienen su período ascendente, á partir de los primeros tanteos con que se inician; su punto de culminacion, donde florecen en su esplendor máximo los diversos elementos que la constituyen; su curso descendente, en que se van estos agostando, unos tras otros, hasta extinguirse; no sin dejar herencia y preparar, aun con sus propias ruinas, la germinacion de un nuevo ideal. Ahora bien, si estudiamos el estilo románico, es fácil advertir en él los primeros ensayos, rudos, incorrectos, mal seguros, ora en las iglesias italianas como San Agustin de Spoleto; ora en las sajonas del tiempo de Oton, como Gernrode; ora en las rinianas del período carlovingio, como Aquisgran; ora en las francesas, como Germigny; ora en España mismo quizá, con las últimas iglesias latino-bizantinas de Tarrasa, Peñalba, Lebeña... No ménos visible es su apogeo, de que tan espléndidas muestras da Francia en Tolosa y Poitiers; Italia, en Parma y Pisa; Inglaterra, en Durham y Peterborough; Alemania, en Spira y Laach; España, en San Isidoro de Leon y Santiago. Pero, ¿dónde hallar el período decadente de esta arquitectura, con las notas características de siempre, el divorcio de la construccion y la decoracion, el descuido en el manejo de las grandes masas, la desgraciada traza de las plantas, las líneas atormentadas, la exuberancia del adorno, el prurito efectista, la pérdida en suma de la cla-

(1) *Historia de las artes figurativas* (en al.), t. IV, p. 110.





REINA DEL INTERIOR DE LA COLONIA  
DE ANGRA PEQUEÑA



INDÍGENA DEL ALTO DAMARA  
en el interior del territorio ocupado por los alemanes al sudeste  
de Cabo Frio (de fotografía sacada del natural)



REY DEL INTERIOR DE LA COLONIA  
DE ANGRA PEQUEÑA

riedad en la concepción, del sentimiento y de la idea? Léjos de esto, el estilo románico, al llegar á su punto máximo, en vez de decaer, se ensancha y trasforma en el ojival, hasta el punto de que casi todas sus obras maestras en la Península (por ejemplo, el pórtico de la Gloria en Santiago, la cúpula de Salamanca, el ábside de Ávila, la sala de Carracedo, el crucero de las Huelgas, los claustros de Tarragona y Alcobaca) son verdaderos monumentos de transición, donde las formas ojivales se comienzan á ensayar y á desenvolver, precisamente en medio de las más perfectas del estilo románico y en el momento en que debería esperarse ver á este declinar y perderse, como vemos perderse al gótico falto ya de toda pureza, gracia y proporción, en los siglos xv y xvi.

Si ahora volvemos la vista á este mismo estilo gótico, no puede ménos de sorprendernos el fenómeno enteramente correlativo al anterior, á saber: que sus vacilaciones y primeros ensayos no se presentan humildemente bosquejados en construcciones de escasa importancia, al revés de lo que en el románico y en los comienzos de todo nuevo estilo acontece. El arco apuntado, los contrafuertes y arbotantes, la bóveda gótica, etc., no aparecen á fines del siglo xii en oscuros edificios, sino en las más importantes manifestaciones del estilo románico, en esos supuestos monumentos de transición, en los cuales sorprende ya su vitalidad, que dista ya muy poco del completo éxito que inmediatamente alcanza en las admirables catedrales del xiii.

Ciertamente, es muy extraño, dentro de las teorías aún reinantes, ver cómo en este siglo nace la arquitectura ojival de Nuestra Señora, de Chartres, de Amiens, de Reims, de Toledo, de Leon, de Burgos, perfecta, cumplida ó, para usar la consabida metáfora académica, «armada de todas armas.» Semejante nacimiento es tan imposible tratándose de una arquitectura cualquiera, como de Minerva. Así es que, separando una de otra manifestación, considerándolas como dos estilos diferentes, ambas permanecen ininteligibles. El románico interrumpe su evolución bruscamente para dejar que aparezca otro arte; el gótico surge no ménos de repente, sin filiación directa.

Pero si, por el contrario, se considera á uno y otro como dos momentos de una serie perfectamente unitaria, todo se explica. El primero representa el período ascendente de la evolución; el segundo, el descendente; los monumentos del xiii, el apogeo: pues la arquitectura del xiv, florida, radiante, ó como quiera apellidársela (Gerona, Barcelona, Zaragoza, Oviedo, casi toda la catedral de Ávila, etc.), mirada en otro tiempo (1) como el *summum* del arte ojival y que realmente ofrece muy bellas cosas, representa sin embargo ya el principio de la decadencia,

(1) Todavía es de esta opinión Sacken, *Estilos de archit.*, trad. y notas italianas de Brayda, 1879, p. 165.

precipitada luégo en las ostentosas filigranas del xv. El xiii, por el contrario, señala el momento—tan fugaz como lo es siempre el punto de culminación en todas las esferas de la vida—en que la arquitectura, balanceándose entre las formas románicas y las ojivales, acaba por romper decididamente un molde estrecho y se lanza á resolver nuevos y grandiosos problemas.

La escultura traería sin duda nuevos argumentos en apoyo de las ideas precedentes. Basta notar que en las obras superiores de este arte durante la Edad media no cabe distinguir dos tipos distintos de concepción, ambos

igualmente perfectos, sino dos grados tan sólo en el desarrollo de un mismo ideal: el de la lenta y laboriosa gestación de las formas y el de su plenitud definitiva. La estatua del período románico es el boceto, más ó ménos deforme, de la estatua admirable del primer tiempo gótico, momento, también en este orden, el más alto quizá á que ha llegado la escultura cristiana. La ornamentación del xi y el xii, con sus hojas, puntas, ajedreces, trenzas, perlas, rollos y bichas, es en verdad muy hermosa; pero sólo la superstición arqueológica puede hablar de las estatuas de este tiempo de otro modo que como de un poderoso esfuerzo para domar la forma rebelde y encarnar en ella la idea y el sentimiento que se adivina, pero que no logra revelarse hasta el siglo xiii. Recuérdense la hermosa imaginería del Pórtico de la Gloria de Santiago, y aún la de San Vicente de Ávila. A pesar del carácter del monumento y de la ornamentación que las rodea,

pertenecen por completo al tipo gótico. La crisálida ha roto ya el capullo. Un poco más de flexibilidad y morbidez, á lo sumo, y nos encontramos en nuestro Leon ó en Chartres, suprema expresión de la estatuaría ojival, progenitora tal vez del genio de los Pisanos: relación esta por cierto, entre la escultura gótica francesa y los precursores del Renacimiento italiano, que pediría capítulo aparte y en que no parecen haber reparado suficientemente los críticos y arqueólogos del país vecino, no obstante su natural admiración por su arte de la Edad media (2).

Limitando ahora estas consideraciones al objeto del presente artículo, podrían resumirse así: la arquitectura cristiana de Occidente constituye una evolución unitaria; con su principio, su medio y su fin; tiene sus orígenes en los tanteos locales que llegan hasta el siglo x; su forma ascendente, en el estilo románico: su apogeo, entre el final del siglo xii y el comienzo del xiii (en sus dos grados, el llamado de transición y el severo); su decadencia en el xiv; su ruina en el xv y el xvi, en el Continente y mucho después en Inglaterra; sin que le falte su galvanización arqueológica en las restauraciones y construcciones de Lasso y Viollet-le-Duc, Gärtner y Ferstel, Barry y Street.

Es de suponer que nadie comparará esta solución con la de la cuadratura del círculo; por si acaso, conviene advertir que hacia ella convergen más ó ménos las tendencias actuales de los arqueólogos. De todos modos, á estos y demás personas competentes es á quienes incumbe tratar en serio estos problemas á que los meros aficionados no podemos sino apuntar de léjos.

F. GINER DE LOS RÍOS



POR LA MADRE PATRIA, cuadro por A. B. Gil

(2) Lecciones sobre la Historia de las Bellas Artes dadas en la Escuela de Diplomática por el Sr. Riaño.

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

## DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS, Y ARTES

Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicación de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprensión de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PLENIA

## HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. — *Ornamentación*, 2 tomos. — *Escultura y Glicptica*, 1 tomo. — *Pintura y Grabado*, 1 tomo. — *Cerámica*, 1 tomo. — *Historia del traje, armas y mobiliario*, conteniendo la colección completa de la obra de F. HÖTNEROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicación será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP DE MONTANER Y SIMON